Conocer a Barragán, al parecer

El riesgo de confundir su arquitectura con una caricatura.

Me da coraje lo que se está haciendo con el legado de Luis Barragán.

Y no es algo nuevo, desde hace muchos años hemos visto cómo su arquitectura se ha convertido en una especie de fórmula que cualquiera cree poder reproducir con un muro rosa, otro amarillo, una fuente y por supuesto una buena fotografía. Con eso parece suficiente para decir que algo está inspirado en Barragán. Después vienen las palabras de siempre: silencio, emoción, belleza, atmósfera, serenidad. Palabras que conocemos de memoria, pero que de tanto repetirlas pareciera que han perdido su significado.

Lo preocupante no es que existan imitaciones. Es que cada vez resulta más fácil confundirlas con la arquitectura que dicen representar, y peor todavía, que esa interpretación termine siendo la primera aproximación que muchas personas tienen a la obra de uno de los arquitectos más importantes que ha dado nuestro país.

¿Eso es conocer a Barragán, en serio?

Desde mi taller llevo dieciséis años desarrollando una investigación libre sobre la etapa funcionalista de Luis Barragán en la Ciudad de México, entre 1936 y 1941.
La titulé *Función(al) BARRAGÁN: El patio de maniobras hacia la poética del espacio*. Es una investigación muy libre que he tenido oportunidad de presentar en distintas instituciones, tanto nacionales como internacionales, y que siempre he entendido como un ejercicio personal de aproximación a su arquitectura. No pretendo establecer verdades absolutas ni mucho menos. Al contrario, me interesa que se discuta, que se cuestione y que pueda seguir creciendo. Este trabajo esta puesto a disposición de la Fundación de Arquitectura Tapatía Luis Barragán FATLB y de la Barragan Foundation, en Suiza, por si en algún momento consideran que puede aportar algo a sus procesos de investigación y difusión. Para mi todo comenzó con una pregunta bastante sencilla: qué estaba pasando por la mente del joven Barragán antes de convertirse en el Barragán que todos conocemos.

Me interesa entender a ese joven arquitecto que todavía estaba experimentando, esos edificios y ejercicios a escala 1:1, sus azoteas habitables, sus muros, la manera en que contenía las vistas y cómo empezaba a descubrir que el cielo también podía formar parte de su arquitectura. En esos edificios encontré muchas de las inquietudes que después aparecerían en sus obras más conocidas y también descubrí una arquitectura que difícilmente se puede explicar a partir de sus colores.

No tengo tema en reconocer que estudiar a mi manera a Barragán, ha influido profundamente en mi forma de entender y hacer mi propia arquitectura. La penumbra, los recorridos, los espacios comprimidos que anteceden a otros mucho más amplios, la profundidad de un muro o la manera en que entra la luz son asuntos que me han acompañado últimamente en mi ejercicio y mi forma de

habitar. Pero una cosa es aprender de Barragán y otra muy distinta es intentar parecerse a él, y creo que ahí comienza buena parte del problema.

El color fue importantísimo en su obra y no lo puedo negar, pero reducir a Barragán a una paleta cromática me parece una de las maneras más superficiales y chafas de acercarse a él y a su arquitectura. Cuando en su arquitectura el color no lo trabajaba solo, dependía en gran medida de sus amigos y colaboradores, del muro, de sus proporciones, de la orientación, de la textura, de la luz, de la sombra y de lo que sucedía antes y después de encontrarse con él. Un mismo color podía producir experiencias completamente distintas dependiendo de dónde y cómo lo utilizaba.

Hay un libro que me parece extraordinario para entender esto y se trata de *Barragán by Souto de Moura & Juan Rodríguez*, publicado por C2C Editorial en 2024. Es un libro con una hechura increíble porque tiene una funda rosa con una ventana que permite descubrir varias capas de colores a distintas profundidades: naranja, azul, amarillo y rojo, creo. La fórmula perfecta de esa paleta con la que se suele identificar a Barragán y tengo que reconocer que cuando vi la portada no me dieron absolutamente ningunas ganas de comprarlo, pero cuando saqué el libro de su funda y descubrí que todo su interior estaba completamente en blanco y negro con unas fotografías extraordinarias, la compra se volvió absolutamente necesaria. Fue una compra obligada, porque ahí estaba el Barragán que me gusta, sin necesidad de recurrir a ninguno de los colores con los que habitualmente todo mundo lo encasilla. Ahí estaban sus espacios, sus proporciones, sus muros, la profundidad, la intimidad, esas penumbras que me encantan y, sobre todo, sus atmosferas. No me quiero imaginar cuántas personas lo compraron atraídas por los colores de su portada y se llevaron la sorpresa y una gran desilusión al descubrir que ninguna de sus fotografías estaba a color. Seguro esperaban encontrarse con el Barragán que creían conocer, admirar y terminaron frente a uno que, ahora sí, no entendieron absolutamente nada, me da risa. Ese libro me ha enseñado muchísimo.

Y lo menciono porque últimamente he visto dos casos que me hicieron regresar a esta misma preocupación.

El primero es la Casa Arriola, en Chapalita, actualmente presentada como **Casa Rosa Luis Barragán**. Para empezar, estoy convencido de que Barragán jamás hubiera llamado a una de sus casas por el color de su fachada. Se trata de una obra de 1952, construida para el licenciado José Arriola Adame, que a lo largo de los años ha sufrido importantes modificaciones, mutilaciones y transformaciones. Existen antecedentes de estas alteraciones, incluso de intervenciones realizadas sin autorización y documentadas en 2013.

Por supuesto que celebro que alguien haya decidido recuperar un inmueble que estuvo expuesto al abandono y al deterioro, pero una cosa es recuperar un inmueble y otra recuperar una obra de arquitectura y tratándose de Barragán, la diferencia me parece fundamental.

Me gustaría saber qué tanto de lo que hoy vemos corresponde realmente al proyecto original, qué elementos fueron modificados, cuáles se reconstruyeron y bajo qué criterios se realizaron esas

intervenciones. La propia página del recinto señala que preserva su "esencia arquitectónica". ¿Su esencia? Me parece una afirmación bastante delicada cuando hablamos de una obra que ha sufrido tantas transformaciones.

No basta con pintar sus muros, recuperar ciertos elementos y colocar el nombre de Barragán en la entrada para devolverle su arquitectura, y tampoco me parece correcto que alguien visite ese inmueble sin tener claramente identificadas las diferencias entre lo que proyectó Barragán y lo que se ha intervenido posteriormente, porque entonces, sin darse cuenta, están atribuyéndole al arquitecto decisiones que nunca fueron suyas. Eso me parece gravísimo por no decir lamentable.

El segundo caso es una exposición reciente en CDMX titulada **El Oráculo de la Belleza**, presentada en Casa Rosa Polanco. Una exposición que reúne trabajos de distintas disciplinas como papel, cartón, indumentaria, mobiliario, collage, objetos y hasta aromas, todos vinculados de alguna manera con una supuesta reinterpretación de Barragán. No tengo absolutamente nada en contra de que su arquitectura sea motivo de inspiración para otras disciplinas, al contrario, me parece extraordinario que su obra siga provocando inquietudes y nuevas lecturas, pero lo que me cuesta trabajo entender es qué tanto de todo eso tiene realmente que ver con Barragán.

Porque una cosa es utilizar ciertos elementos que nos recuerdan visualmente a su obra, nos gusten o no, y otra muy distinta es haber entendido algo de su pensamiento y si de verdad se trata de un homenaje, me gustaría encontrar algo más que referencias a sus colores, formas o clichés pesimamente heredados.

El propio nombre de la exposición hace referencia a la belleza, uno de los temas presentes en el discurso que Barragán pronunció cuando recibió el Premio Pritzker en 1980, un discurso que muchos valdría la pena volver a leer completo, para que lo entendieran, particularmente cuando habla de la serenidad y de cómo una paleta de colores utilizada indiscriminadamente puede terminar destruyéndola. Y en ambos casos es curioso que sea precisamente el color uno de los recursos más utilizados para intentar representarlo o empezar a destruirlo.

Y aquí es donde quiero hacer una distinción importante, porque afortunadamente también existen personas e instituciones que han dedicado años a estudiar, conservar y recuperar su arquitectura con una seriedad que merece todo mi reconocimiento. Quiero comenzar por la Fundación de Arquitectura Tapatía Luis Barragán, particularmente por el trabajo que realizó en sus primeros años bajo el impulso de Juan Palomar para preservar la Casa Estudio de Francisco Ramírez 14 que no fue una tarea menor. Existía el riesgo de que el inmueble terminara dividido entre familiares o vendido a particulares, televisa estuvo a nada de comprarlo para que fuera una más de sus escenografías y evitarlo implicó un esfuerzo importante que finalmente permitió su adquisición con el apoyo del Gobierno de Jalisco, garantizando así la conservación de una de las obras más importantes de la historia de la arquitectura del siglo XX.

Quiero reconocer también a Hugo González(+), Sergio Ortiz, Enrique Toussaint, Emilia Orendain, Bricio Fernández y Catalina Corcuera entre otros, cuya participación ha sido importantisima en el conocimiento, cuidado y difusión de su arquitectura. Me atrevo a mencionar sus nombres porque los conozco de primera linea y me parece justo que se conozca el trabajo de quienes han dedicado buena parte de su vida a proteger este legado, ya que la incorporación de la Casa Estudio a la Lista del Patrimonio Mundial de la UNESCO en 2004 es también resultado de muchos de esos esfuerzos y gracias a ellos hoy podemos entrar a esa casa, recorrerla y tratar de entender directamente lo que Barragán estaba haciendo.

También quiero reconocer a César Cervantes y el trabajo realizado para recuperar la Casa Prieto López, hoy conocida como Casa Pedregal, en ese proyecto participo Parque Humano, quienes realizaron un trabajo de investigación que incluyó consulta documental, revisión del archivo en Suiza y estudios de las distintas capas de pintura para recuperar sus colores. El trabajo no se limitó al color ya que estudiaron proporciones, vanos, acabados, relaciones espaciales y entradas de luz. Se trató de comprender el edificio antes de intervenirlo. Eso es algo que admiro profundamente, porque recuperar arquitectura también exige oficio, no solamente buenas intenciones.

Otro caso que merece reconocimiento es la recuperación de la Plaza y Fuente del Bebedero, en Las Arboledas, donde participaron Parque Humano, Fundación Coppel, el gobierno municipal de Atizapán de Zaragoza, el INBAL y la FATLB. Aquí hablamos además de un espacio público, donde la arquitectura no puede separarse de los árboles, del agua, de los recorridos y de la vida cotidiana de quienes lo habitan. Su recuperación tiene una importancia que va mucho más allá de la fotografía que pueda producirse después.

También está el trabajo impulsado por Fernando Romero al adquirir La Cuadra San Cristóbal, tanto en la recuperación del conjunto como en su apertura para actividades culturales, particularmente me interesa la exposición *Barragán en Barragán*, curada por Jorge Covarrubias, que utiliza maquetas de gran formato para estudiar y explicar diferentes proyectos del arquitecto.

Siempre he pensado que una buena maqueta es la herramienta más poderosa para entender a la arquitectura, porque una sección, una altura, una relación entre espacios o un recorrido pueden explicarnos mucho más que una fotografía extraordinariamente bien tomada.

Guadalajara tiene también la Casa de Efrain González Luna, hoy Casa ITESO Clavijero, cuya recuperación fue impulsada por Juan Palomar y cuya restauración estuvo coordinada por Carlos Petersen Farah y Pablo Vázquez Piombo. Gracias a ese trabajo, una de las obras más importantes de la primera etapa de Barragán encontró una nueva vida como espacio cultural, de difusion y de investigación. Y por supuesto está la Casa Cristo, actual sede del Colegio de Arquitectos del Estado de Jalisco, otro ejemplo de una obra que ha logrado permanecer y continuar en uso. Podríamos seguir mencionando casos, la casa de Jose Clemento Orozco, entre otras.

Lo importante es entender que detrás de cada uno de estos esfuerzos existen años de trabajo, investigación, decisiones y personas que pocas veces aparecen en las publicaciones. Y eso me lleva a otra inquietud. Hoy parece que cualquier intervención en una obra de Barragán puede anunciarse con bombo y platillo como un rescate, una recuperación o, en otros casos, un homenaje.

Pero no significan lo mismo.

No es lo mismo restaurar a partir de una investigación documental que reconstruir mediante improvisaciones y suposiciones. Tampoco es lo mismo conservar una obra original que reinterpretarla. Y mucho menos debería confundirse la recuperación de su arquitectura con la utilización de su nombre como herramienta de promoción y negocio.

Por eso me parece importante preguntar cuál es el papel de las instituciones responsables de custodiar su legado. La Fundación de Arquitectura Tapatía Luis Barragán ha demostrado durante años su compromiso con la conservación y difusión de su obra y por otro lado está la Barragan Foundation, en Suiza, que mantiene los derechos correspondientes a su obra y establece criterios para la utilización de sus imágenes y su asociación con distintas actividades, particularmente las comerciales.

Hasta donde he podido revisar, no he encontrado un pronunciamiento público de alguna de estas instituciones respecto a los dos casos que aquí menciono y no significa que no exista comunicación o alguna gestión que desconozca, pero me parece que sería muy interesante conocer su postura.

Hasta dónde puede utilizarse el nombre de Barragán para promover una exposición, un inmueble o una actividad comercial. En qué momento una reinterpretación comienza a presentarse como si fuera parte de su legado. Y algo todavía más importante, estas caricaturas y puestas en escena están enseñándole a las personas que se acercan por primera vez a su arquitectura.

Porque el nombre de Barragán tiene un peso enorme como marketing, convoca, atrae visitantes, genera prestigio y obvio, genera dinero, y mucho. No tengo nada en contra de que existan proyectos culturales que necesiten recursos para funcionar, la verdad sería absurdo e ilógico pensar que la conservación y difusión de la arquitectura pueden realizarse sin ellos. Lo que cuestiono es que el nombre de Barragán sea utilizado y termine convirtiéndose en un argumento suficiente para legitimar cualquier ocurrencia que se presente a su alrededor y que muchas veces el público ni siquiera tenga elementos para distinguir entre la obra original, una intervención contemporánea o una interpretación personal y me preocupa especialmente lo que sucede con los estudiantes y con las nuevas generaciones de arquitectos.

Porque si su primera aproximación a Barragán en físico es una escenografía rosa mal montada, una exposición de objetos coloridos o una casa profundamente transformada que se anuncia bajo su nombre, qué idea se van a llevar de su arquitectura. Ya verán que después veremos proyectos llenos de muros de colores, fuentes, patios y escaleras que pretenden parecerse a Barragán sin haber

entendido absolutamente nada de lo que estaba haciendo y ellos seguirán repitiendo las mismas palabras: silencio, emoción, belleza, serenidad como si al decir la lotería de Barragan se lo estuvieran apropiando y difundiendo erróneamente su legado, como si con nombrarlas fuera suficiente.

No pretendo que la arquitectura de Barragán permanezca intocable ni que exista una sola manera de interpretarla, sería contradictorio con todo lo que su propia obra me ha enseñado. Creo que debemos seguir estudiándola, cuestionándola y encontrando nuevas maneras de comprenderla. Pero también creo que tenemos una responsabilidad cuando hablamos de ella, cuando se interviene y, sobre todo, cuando se cuelgan de su nombre.

Llevo dieciséis años estudiando apenas cinco años de su trayectoria: su etapa funcionalista, ni siquiera esa etapa que todos dicen conocer. Y todavía encuentro cosas que me sorprenden, muchísimas preguntas sin respuesta y decisiones que me obligan a regresar una y otra vez a sus proyectos. Quizá eso sea lo que más me gusta del joven y del viejo Barragán: que después de tantos años todavía tengo muchísimo que aprender de él.

Llevo dieciséis años estudiando apenas cinco años de su trayectoria: su etapa funcionalista, ni siquiera esa etapa que todos dicen conocer. Y todavía encuentro cosas que me sorprenden, muchísimas preguntas sin respuesta y decisiones que me obligan a regresar una y otra vez a sus proyectos. Quizá eso sea lo que más me gusta del joven y del viejo Barragán: que después de tantos años todavía tengo muchísimo que aprender de él.

Y más coraje, aparte de haberlo convertido en una caricatura, me da que hagan negocio con el nombre de Barragán sin haberse tomado el tiempo de entender su arquitectura.

Francisco Solórzano
2026